

## Central Montemartini versus Centro Cultural Los Molinos: las políticas municipales y el patrimonio arqueológico-industrial.

Luz Maria Gilabert González

Correo electrónico: lumagigo123@hotmail.com

Institución: Departamento Historia del Arte Universidad de Murcia

Mesa: Memoria del pasado

---

Por Patrimonio Cultural se entiende como “el conjunto de bienes muebles e inmuebles, materiales e inmateriales, de propiedad de particulares o de instituciones u organismos públicos o semipúblicos, que tengan un valor excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte y de la ciencia, de la cultura en suma, y, por tanto, dignos de ser considerados y conservados para la nación y conocidos por la población a través de las generaciones” (Harvey, 1990).

La actuación en el patrimonio cultural de una ciudad repercute de forma efectiva en la sociedad al dotarlo de un uso social. Vinculada a esta faceta social está su dimensión económica, ya que el patrimonio es el eje del turismo cultural de una ciudad. Tiene un impacto directo, ya que supone una importante fuente de ingresos y de generación de empleo en el sector terciario. Pero tiene también un impacto urbanístico, en la medida en que la creación de espacios culturales con servicios lúdicos y recreativos permite revalorizar el suelo de zonas en declive y reequilibrar territorialmente la ciudad; y, por supuesto, un impacto de imagen, por la contribución del turismo cultural a la mejora de la proyección interna y externa de la ciudad. Y, dentro del patrimonio cultural de una ciudad, la creación y el mantenimiento de un museo es la principal acción que una administración municipal puede realizar (López de Agujera, 2000).

La idea de patrimonio ha evolucionado a la par que la sociedad y ha pasado ha englobar, en las últimas décadas, los objetos de la época industrial como testimonio de una época pasada transcendental, sólo comparable por sus efectos y avances a la revolución neolítica. Superado ya el primer momento del puro conocimiento de las estructuras y territorios industriales, el patrimonio industrial ha acabado por lograr el debido reconocimiento cultural como testimonio del pasado económico, técnico y social de los siglos XIX y XX, y ha sido incorporado dentro del concepto más reciente de Patrimonio Cultural. En la actualidad, destaca la vertiente social y cultural de este patrimonio como objeto de reutilización y como recurso de atracción turística para las ciudades (Bergeron, 2003; Álvarez Arces, 2003; Gómez Pietro, 2002).

El patrimonio industrial –dentro de una ciudad- tiene un interés especial, ya que despierta la conservación y la reutilización con fines turísticos y didácticos: es básico mostrarlo en todas sus dimensiones para hacerlo comprensible a la sociedad actual (Pardo Abad, 2004). Por ello, la musealización es la manera más extendida de conservar y usar este patrimonio, donde la mayoría de las experiencias se basan en la reutilización de edificios para programas culturales con la exposición de los restos materiales industriales.

Pero, la actuación municipal en materia de recuperación del patrimonio industrial ha sido, en general, escasa. En pocos casos se ha perseguido desde los ayuntamientos una auténtica política de rehabilitación integrada y de generación de nuevas funciones a partir de la memoria de los siglos XIX y XX, creando museos o recuperando el patrimonio industrial para usos dotacionales. (Pardo Abad, 2004).

El concepto de Rehabilitación Integral surge en 1975 en Amsterdam en el marco de la Carta del Patrimonio Arquitectónico Europeo y se define como “conjunto de actuaciones coherentes y programadas destinadas a potenciar los valores socioeconómicos, ambientales, edificatorios y funcionales de determinadas áreas urbanas y rurales, con la finalidad de elevar la calidad de vida de la población residente mediante medidas para la mejora de las condiciones de habitabilidad y uso”. En algunas políticas urbanísticas actuales, las intervenciones en el patrimonio industrial son consideradas piezas claves en los proyectos urbanísticos de rehabilitación sectorial o integral, siendo no sólo motores de reestructuración del tejido urbano, sino también socioeconómicos y simbólicos al ser utilizados como instrumentos para la renovación de una imagen monumental y de calidad de antiguas zonas degradadas.

Los museos industriales son una de las innovaciones museísticas más importantes de los últimos tiempos. Se han convertido en centros de rehabilitación cultural y económica para muchos lugares concretos y de forma activa y abierta en los motores de una creciente atracción turística de tipo cultural. En ellos se plantea el problema de la conservación y exposición de objetos de grandes dimensiones y pesados. Además, estos complejos artefactos se deben hacer comprensibles al gran público porque como testimonio histórico

sirven para entender el ambiente productivo, económico, técnico y social de la época en que se encontraban en funcionamiento (Pardo Abad, 2004).

Los museos industriales más abundantes son los de sitio denominados así por el ICOM. En los museos de sitio se pretende musealizar in situ las viejas instalaciones industriales, son sitios cerrados con colecciones puntuales y concretas, referidas a un único centro productivo. Este es el caso del Centro Cultural que Navarro Baldeweg condiciona en el Museo Hidráulico de los Molinos del Río Segura de Murcia.

Los Molinos del Río Segura fueron rehabilitados por convenio suscrito en diciembre de 1985 entre el Ayuntamiento de Murcia, la Dirección General de Arquitectura y Vivienda del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo y la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. El objetivo que se emprendió fue el de convertir los antiguos molinos harineros en un Centro Cultural y Museo Hidráulico para la exhibición permanente de las instalaciones de los molinos harineros –que muestra la evolución histórica y tecnológica de los molinos de agua desde la Edad Media hasta la segunda mitad del siglo XX-, y la programación continuada de exposiciones temporales, muchas de ellas de producción propia, que comparten la intención de profundizar y divulgar aspectos históricos, etnográficos y arqueológicos de la cultura regional.

El proyecto se encargó al arquitecto Juan Navarro Baldeweg, cuya propuesta se basó en la devolución al aspecto más genuino y antiguo de los molinos, garantizando la conservación de un monumento de Interés Histórico Artístico -declarado en el año 1981- y de unas piezas muy singulares del patrimonio arqueológico industrial. La intervención del arquitecto también se extendió al entorno urbano, lo que supuso la reactivación de un área urbana que desde mediados de la década de los años setenta había entrado en claro retroceso, considerándose incluso como un área residual. El Centro Cultural y Museo Hidráulico los Molinos del río Segura esta considerado entre de los diez mejores edificios de la década de los ochenta realizados en España, e inaugurado en 1989, se convirtió en el primer museo hidráulico del país y un referente a nivel nacional e internacional.

Otras actuaciones en este tipo de patrimonio ha consistido en introducir en el viejo edificio industrial ya recuperado colecciones no vinculadas directamente con el edificio o con el sector industrial al que pertenecía la fábrica. Tal es el caso de la Central Montemartini de Roma, el primer establecimiento público para la producción de energía eléctrica de la ciudad es hoy el segundo polo expositivo de los Museos Capitolinos.

La Central Montemartini es un extraordinario ejemplo de reconversión de un edificio industrial en un museo, con sus grandiosos ambientes de cuidada decoración modernista conservan inalterados parte de la maquinaria industrial. En ella se han puesto a prueba nuevas soluciones expositivas donde las piezas describen el desarrollo de la ciudad desde el periodo republicano hasta la época tardoimperial, con una amplia exhibición de esculturas monumentales y reconstrucciones de conjuntos arquitectónicos que no habían encontrado lugar en las salas palaciegas de los Museos Capitolinos. Un escenario fascinante y sugestivo, que evoca por una parte, la grandeza monumental de la Roma antigua y por la otra, un pasado más reciente y la memoria de uno de los primeros entornos industriales romanos. De este modo, “se ha creado un doble museo basado en el propio diálogo entre los opuestos: antiguo y moderno, funcional y decorativo, artístico y tecnológico” (Scolaro, 2006).

La nueva sede de los Museos Capitolinos se ha convertido en una de las propuestas museísticas, a escala internacional, más innovadoras de los últimos años. Su combinación atrevida alcanzada, a través de un contraste que exalta las características de los diversos elementos industriales y escultóricos, ha sido acogida con gran fervor por la crítica y por el entusiasmo de los propios visitantes del museo.

Además, la operación realizada en la Central Montemartini presentó un momento fundamental en la historia del distrito Ostiense porque se procedió a la recalificación de la zona industrial más antigua de Roma para convertirla en un nuevo polo cultural de la ciudad, gracias a la transformación de edificios en desuso y de naves industriales abandonadas en centros para la cultura.

El Centro Cultural los Molinos y la Central Montemartini son ejemplos de reutilización y conservación del patrimonio industrial que sirven de atractivo turístico y de recurso para un desarrollo económico respetuoso con el pasado y con las innovaciones de los nuevos tiempos. Además, estos museos sobre viejas fábricas y centros culturales demuestran que, en contra de lo que normalmente se cree, conservación y difusión no son realidades antinómicas, sino todo lo contrario: la dinamización del patrimonio industrial proporciona una vía de desarrollo cultural, social y económico a las ciudades.

